

I. Presentación.

Durante milenios hemos vagado por misteriosos laberintos en busca de verdades que nos acercaran a nuestro sino. Muchas veces creímos encontrarnos en el umbral de la salida definitiva, pero al dar el paso para cruzarlo, no hicimos más que adentrarnos en un nuevo laberinto al igual que Sísifo condenado por los Dioses a acarrear la piedra hasta la cima de la montaña por toda la eternidad. También nosotros parecemos condenados a vagar por el laberinto de la vida, buscando la salida que la libere de sus carencias y de sus ataduras.

El Hombre, - en contra de las apariencias que parecen afirmar lo contrario -, no es un ser determinado a vivir bajo rígidos patrones socialmente uniformadores, determinados por la genética como las hormigas o las abejas. Mientras podemos considerar a la herencia biológica como invariable en el conjunto de las especies, los instintos hereditarios, el patrón social y las correlaciones entre los seres humanos, son muy susceptibles de cambio y de variación. Los deseos, el pensamiento consciente, las emociones..., configuran un universo de poderosas fuerzas que le permiten modelar su vida, al igual que el alfarero modela con sus manos la arcilla en el torno. La Historia Humana es la prueba fehaciente de ello.

Cada vez que un nuevo ser humano emerge a la vida, nace con el, una fuerza creadora y transformadora. Mas esa fuerza necesita ser alimentada, favorecida, estimulada, para que se desarrolle en toda su plenitud. La Sociedad es el lugar común donde la herencia genética se desarrolla y se manifiesta. Porque, el hombre, en términos de tiempo histórico y aunque sea solo desde ayer, es un ser totalmente social. Su intrínseca individualidad solo puede asumirla y ejercerla

en el seno de la sociedad de la cual forma parte. Los tiempos en los que un individuo aislado, - e incluyese aquí al recolector y al cazador y al pequeño grupo de una familia que podían subsistir basados en la autosuficiencia -, son una página de nuestro pasado archivada definitivamente en nuestra memoria histórica. Son tiempos que jamás podrán ser revividos a no ser que nosotros mismos desencadenemos la gran catástrofe.

Transformar la sociedad en el sentido de convertirla en el lugar común donde se favorezca el que todos los individuos puedan desarrollar sus potencialidades biológicas, es la tarea a la que nos sumamos desde esta página electrónica. No partimos de cero; contamos con dos instrumentos preciosos: el método científico y los valores de la ética. Ambos deben caminar sólidamente enlazados y bien complementados, porque por si misma, la Ciencia, no puede ni debe, determinar ni la organización social, ni sus fines, pero si puede y debe aportar, los medios necesarios para hacer posible que, utilizando las palabras de Thorstein Veblen, salgamos de la "fase depredadora" del desarrollo humano.

En la andadura por el laberinto de nuestra Historia hemos conocido y transitado los avatares de las catástrofes naturales, las epidemias y las guerras. Nos hemos enfrentado hombre contra hombre, tribu contra tribu, pueblo contra pueblo, nación contra nación, como si la teoría Darwinista de la evolución fuera una condena inexorable para los más, a cambio de la supervivencia de unos pocos. El Darwinismo Social, - siempre presente en nuestra historia - ha sido encumbrado a lo más alto de la gran Cultura Occidental para proclamarse la más fuerte y la más apta para transmitir sus genes y perpetuar su descendencia. El Nazismo, con sus campos de exterminio, sus objetivos de expansión territorial y sus teorías de hegemonía racial, fue la primera gran manifestación de

este fenómeno en la época moderna. De nuevo, en los albores de un nuevo siglo, el planeta es sacudido y estremecido por el empuje de estas fuerzas destructoras.

Pero también en el Laberinto de la Historia hemos transitado por caminos de una gran fecundidad y de una gran potencia creadora: hemos desarrollado herramientas capaces de permitir una gran expansión de nuestra especie por toda la superficie del planeta, el tiempo de nuestra existencia ha sido prolongado acercándonos a los límites impuestos por nuestra propia genética y no descartamos incluso ampliarlos, apenas finalizada la exploración de nuestro mundo gracias a los medios de navegación, nos disponemos a explorar otros mundos, las modernas técnicas de producción de alimentos han terminado con uno de los peores azotes de la humanidad como es el hambre causada por factores de índole natural... Ambas fuerzas, Depredadora una y Constructora la otra, se encuentran ya a punto para librar la gran batalla que marcará nuestro devenir histórico. Tal vez la batalla de cuyo resultado depende que haya un futuro.

En esta tesitura resulta realmente extraño todo este enorme recelo, miedo y temor que empieza a manifestarse y a propagarse, desde sectores de la sociedad identificados con los grandes valores de la ética, aquellos que defienden los valores de la libertad, la justicia social, el progreso, los derechos humanos y la conservación del medio ambiente, acerca de los progresos del conocimiento humano y más concretamente de la Ciencia en todas sus aplicaciones técnicas. Resulta extraño y contrasta con la posición abiertamente favorable y hasta pasional con que la sociedad del siglo XIX y hasta mediados del XX acogió los nuevos descubrimientos de la física, la química y la biología. Fueron los sectores más depredadores y retrógrados los que lucharon para impedir que el

conocimiento científico se abriera paso; sectores eclesiásticos, absolutistas, terratenientes y dogmáticos que veían peligrar sus privilegios.

En unos momentos en que la Ciencia es cuestionada como la responsable de graves daños ecológicos y percibida como una amenaza, es oportuno traer a esta página electrónica las reflexiones del que fue uno de los grandes científicos de nuestra época: Albert Einstein.